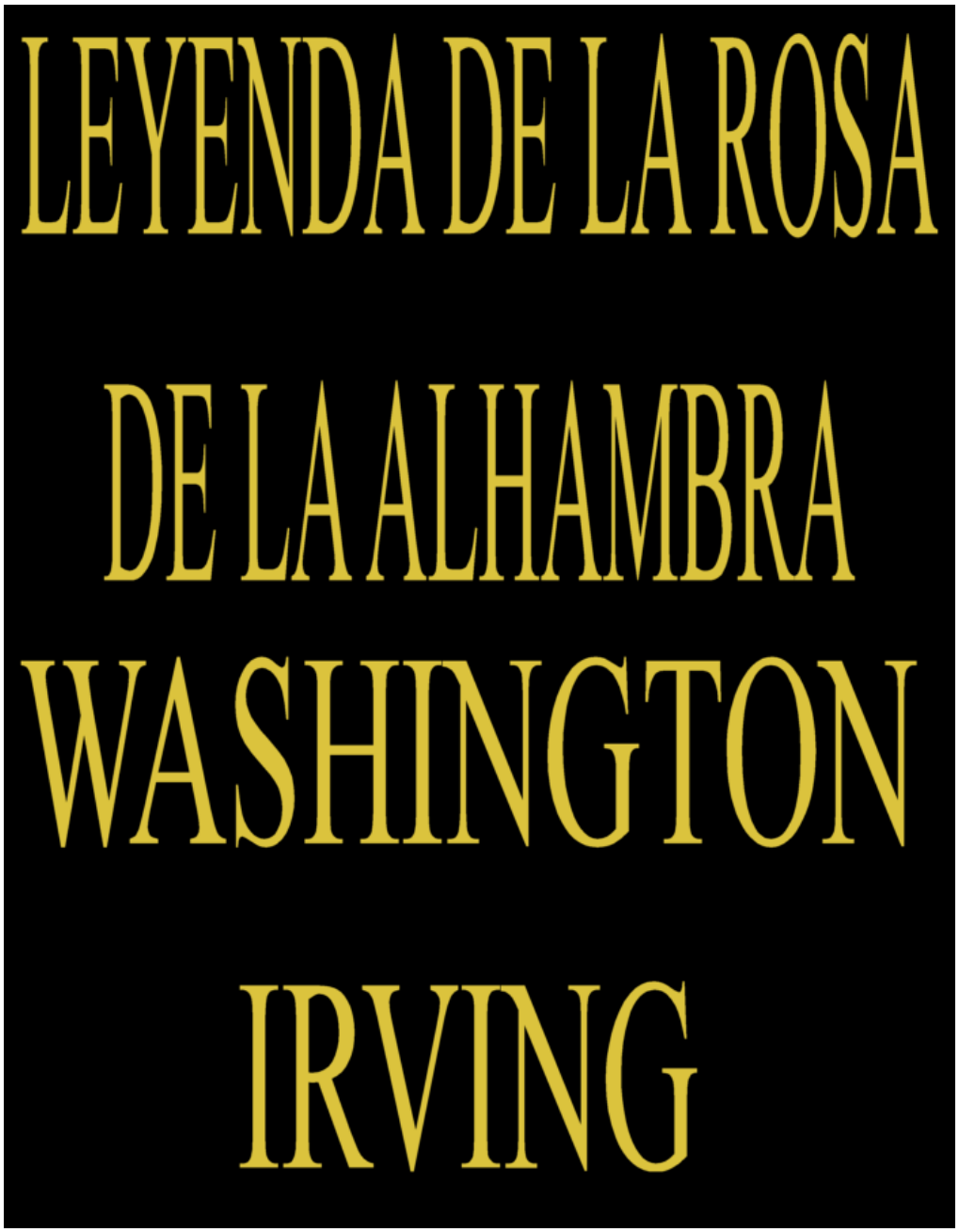
LEYENDA DE LA ROSA DE LA ALHAMBRA
WASHINGTON IRVING



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Durante algún tiempo, tras la rendición y entrega de Granada por los moros, tan deliciosa ciudad fue residencia favorita de los soberanos españoles, hasta que decidieron irse de ella, temerosos a causa de una sucesión de terremotos que tiró buena parte de las casas y socavó los cimientos de las viejas torres musulmanas.

Muchos, muchos años pasaron hasta que volvió un monarca a Granada. Los palacios de la nobleza estaban cerrados, y la Alhambra, una hermosura desdeñada, yacía en trágica desolación en sus abandonados jardines. La Torre de las Infantas, la poética mansión de las tres hermosas princesas moriscas, también permanecía abandonada; allí hacía su urdimbre la araña, cruzando con ella las bóvedas doradas; en los que fueron aposentos de Zaida, Zoraida y Zorahaida, abundaban los murciélagos y las lechuzas. Aquel abandono, a lo que parece, se debía a que el espectro de Zorahaida, muerta en la torre, vagaba por ella gimiendo, llevando sus lamentos hasta los muros almenados, sentándose a la luz de la luna junto a la hontana del patio mientras arrancaba a su laúd de plata notas que rasgaban el silencio de la noche y herían con su pena a los caminantes que pasaban por la cañada cercana.

Al fin fue favorecida la ciudad de Granada con la presencia de un rey. Todo el mundo sabe que Felipe V fue el primer Borbón que empuñó el cetro de España. Todo el mundo sabe, igualmente, que este príncipe francés contrajo matrimonio en segundas nupcias con una hermosa princesa italiana, Elizabetta, o Isabella, tanto da, de Parma... Y todo el mundo sabe, por lo demás, que al fin, y tras superar no pocos avatares, el príncipe francés y la princesa italiana ocuparon juntos el trono de España. Para la visita de tan egregios visitantes se hicieron obras en la Alhambra, y llegado *el* día de la presencia de los reyes en la fortaleza cesó aquel ambiente de triste soledad en que estaban sus jardines desde antaño. Volvieron a sonar clarines, trompetas y tambores; volvieron a trotar los caballos por las alamedas y las plazas próximas; el brillo de las armas, el lucir de las banderolas, pendones y gallardetes por almenas y barbacanas, los jardines cruzados de continuo por damas de compañía y pajes, todo en fin, reverdeció el antiguo esplendor de la fortaleza musulmana, en tanto que en el interior del palacio dominaba la pompa, la elegancia de los cortesanos, el reverente murmullo de las voces en las antecámaras, el bullicio de las doncellas casaderas...

Entre los que formaban el séquito de los reyes había un doncel, Ruy de Alarcón, el paje favorito de la reina. Baste lo anterior para señalar cuán digno de elogio era el joven, pues bien sabido resulta que cuantos figuraban al lado de Isabel habían sido especialmente escogidos por su gracia, su belleza y sus atributos personales. Ruy, un joven de apenas dieciocho años, era esbelto y grácil, bello de rostro como Antinoo; guardaba su mayor deferencia y respeto para la reina, pero al tiempo era travieso y juguetón con las damas de la corte, que lo mimaban y regalaban de continuo... Por tales favores, pues, era también Ruy ducho en el trato con las mujeres, a despecho de sus pocos años.

Comment [Librodot1]:

Ruyz, escribe Irving, pues cuando anduvo por España tal era el apellido, aunque escrito ya, con bastante asiduidad, con i latina. Por el tiempo en que data su relato, sin embargo, aún no era tal, sino Ruy, nombre de varón.

Tan juguetón y encantador paje paseaba una mañana bajo las enramadas del Generalife que dan a los terrenos de la Alhambra, llevando como compañía, para entretenerse, *el* gerifalte más querido de la reina. Vagaba ocioso de un lado a otro, cuando vio un pájaro que salía de entre los árboles; quitó entonces el capirote al halcón de la reina, que voló raudo para perseguir a la presa; mas supo el humilde pajarillo burlar su ataque, y

remontó el vuelo el gerifalte, sin atender a las voces y silbidos del paje, que siguió con la vista su vuelo caprichoso hasta que dio en posarse en las almenas de una torre lejana de las murallas exteriores de la Alhambra, junto a una quebrada que separa la fortaleza de los terrenos del Generalife. El halcón se había posado en la Torre de las Infantas.

Tuvo que bajar el paje a la quebrada, pero no tenía la torre entrada desde la cañada; trepar por la muralla era empresa imposible, así que, buscando la entrada, dio un gran rodeo por la parte de la torre que mira a los paredones de la muralla.

Había un pequeño jardín, cercado por rejas de cañas cubiertas de mirtos; abrió el paje un portillo, y entre rosales y lechos de flores llegó a la puerta, que estaba cerrada; una rendija, sin embargo, le dejaba ver el interior con un pórtico morisco de paredes encaladas, con altas columnas de mármol y una fuente de alabastro circundada de flores. Una jaula de oro, para un ruiseñor, colgaba en el centro; debajo, arrellanado en una silla, entre madejas de seda y delicadas labores hechas por mano de mujer, un gran gato atigrado; junto a la fuente, una guitarra adornada con cintas de colores.

El joven Ruy quedó mudo de impresión ante aquella muestra de delicadeza femenina, por darse, sobre todo, en lo que tenía por un lugar apartado, solitario y en abandono... Acudieron entonces a su recuerdo los cuentos sobre parajes encantados en la Alhambra, y se sugestionó a tal extremo que creyó ver en el gato a una princesa mora hechizada.

Llamó con cuidado a la puerta... Un hermoso rostro de mujer se asomó entonces a una ventana de arriba, pero fugazmente. Creyó el paje que aquella mujer bajaría de inmediato a franquearle el paso, pero esperó en vano; ni un ruido pudo escuchar a partir de aquel momento, ni de pasos, ni de voces, ni de suspiros. ¿Acaso *le* habían jugado una treta sus sentidos? ¿Y si fuera el hada que moraba en la torre? Volvió a llamar, ahora más ansioso; poco después se asomaba por la ventana el hermoso rostro de antes, una floreciente doncella de no más de quince años.

Se quitó el paje su gorro de plumas y pidió a la bella, con las palabras más delicadas que acudieron a sus labios, que le fuera permitido subir a la torre para hacerse con el gerifalte.

-No puedo abriros la puerta, señor -dijo la linda muchacha-, pues me lo tiene prohibido mi tía.

Os lo ruego, hermosa doncella... Se trata del halcón favorito de la reina y no puedo volver a palacio sin llevarlo en mi mano.

¿Sois entonces uno de los caballeros de la corte?

-Lo soy, hermosa doncella... Pero perderé el favor de la reina y mi puesto en palacio si no regreso con el halcón.

¡Santa María! Precisamente contra los caballeros de la corte me ha prevenido especialmente mi tía...

Tiene razón vuestra tía en preveniros contra los malos caballeros...

Pero yo no soy uno de ellos, sino un paje inocente, sencillo e inofensivo, que sufrirá la pérdida de su puesto en la corte si me negáis el favor que os pido...

El joven corazón de la muchacha se enterneció ante aquella súplica del atribulado paje. Hubiera sido una lástima, en verdad, que perdiera su empleo en la corte... Además, destocado, con la gorra modosamente en sus manos, parecía Ruy la verísima imagen de la timidez y el recato... ¡Y era además tan hermoso! No creyó la doncella que fuese uno de aquellos hombres que su tía le presentaba como caníbales, siempre dispuestos a hacer presa en las más cándidas damiselas.

Comment [Librodot2]:

En el original, aunque en las traducciones al castellano que conocemos aparece la expresión *¡Virgen Santa!,* a nuestro entender sin mayor sentido ni justeza; Irving llegó a conocer bastante bien nuestro idioma, así que mostrémosle el debido reconocimiento.

E taimado paje, viendo que la doncella comenzaba a rendir su resistencia anterior, redobló las súplicas en todo conmovedor. No pudo rechazarlo la joven. Ruborizada y presta bajó a la puerta y se la abrió con las manos temblorosas.

Si ya lo había cautivado su rostro, al verla de cuerpo entero se prendó aún más de ella. Su corpiño andaluz y la basquiña le marcaban la más perfecta simetría en sus formas, aun no habiendo llegado aún a la sazón de su crecimiento completo; el cabello, lustroso, lo tenía partido en la frente con maravillosa perfección, y adornado con una rosa, que por su frescura delataba que acababa de cortarla para ponérsela, antes de abrirle la puerta; su rostro, dorado por el sol meridional, hacía aún más encantadoras sus mejillas sonrosadas y el brillo extraordinario de sus ojos.

Comment [Librodot3]:
En el original.

Bastó al paje una sola ojeada para darse cuenta de la beldad tan exquisita que era la doncella; pero como no podía perder el tiempo, tuvo que conformarse con darle en voz baja las gracias y subir a toda prisa, casi sin respirar, la escalera en espiral de la torre, donde al fin pudo hacerse con el gerifalte. Ya con el ave cetrera en la mano, bajó también la escalera sin tomar resuello, y halló a la doncella sentada junto a la fuente, devanando con sus primorosas manos una madeja de seda; pero de tanto como se agitó al verle de nuevo, la madeja se le cayó al suelo; veloz entonces, el paje dobló una rodilla para recogérsela, y se la ofreció a la doncella, aprovechando para tomarle la mano y besársela delicadamente, aunque de manera distinta de los besos que ponía en la mano de su soberana para agradecerle un favor.

¡Ave María, señor! -exclamó la doncella, confundida y arrebolada, pues era el primer hombre que le dedicaba semejante salutación.

Comment [Librodot4]:
En el original.

El pícaro paje, entre mil perdones, le dijo que así se expresaba en la corte el agradecimiento y el respeto debido a las damas.

El enojo de la muchacha, si es que llegó a sentirlo, quedó así prontamente aplacado. Tomó asiento de nuevo, más turbada que antes, con la mirada baja, como si sólo su labor le acaparase la atención luminosa de sus ojos, aunque la verdad es que, en vez de devanar la madeja, la enredaba.

Quiso el golfillo, entonces, aprovechar la evidente confusión de la doncella, pero fueron vanas sus palabras galantes e intencionadas; para su mayor sorpresa, aquellos sus decires, que tanto encandilaban a las damas de la corte, le hicieron sentir vergüenza ante la inutilidad que demostraban en el ánimo de la inocente muchacha.

La verdad es que la virginal belleza tenía en su sencillo pudor mejor guarda que la que pudieran ofrecer a su doncellez las barras y los cerrojos con que la defendía su tía. Así y todo, ¿dónde está la armadura que protege el corazón femenino de los primeros susurros del amor? La damisela comprendió instintivamente lo que la verbosa lengua del paje no lograba expresarle con claridad suficiente, y en el fondo de su alma se sintió halagada al ver rendido a sus pies a un enamorado... ¡Y qué enamorado!

Iba desvaneciéndose el desconcierto que se apoderó de Ruy al comprobar que eran vanas sus palabras, y recobraba ya su proverbial aplomo, cuando se dejó sentir a lo lejos una voz avinagrada.

-¡Es mi tía, que vuelve de misa! -gritó temerosa la doncella-. Dejadme ya, os lo ruego, señor...

No me iré si no me dais en prenda la rosa que adorna vuestro pelo... Se arrancó la rosa la damisela y se la entregó al paje, diciéndole arrebatada:

Tomadla, pero idos presto...

Tomó el paje la rosa entre sus dedos y cubrió de besos la mano que se la ofrecía. Puso la flor en su gorra, como si fuera el galardón más preciado, y asegurando al gerifalte en su mano salió y cruzó el jardín, llevándose cautivo el corazón de la gentil Jacinta.

Cuando la tía, siempre vigilante, llegó a la torre, notó la inquietud en que se debatía la doncella y un aire, algo raro, una suerte de confusión en el pórtico. La joven creyó oportuno dar explicaciones.

Un gerifalte vino hasta aquí persiguiendo a su presa...

¡Que la misericordia nos asista! -exclamó su tía-. ¡Un halcón en la torre! ¿Habrase visto descaro semejante? ¿Cómo no pondrán a esos bichos en jaulas seguras?

Fredegunda, la tía vigilante, superaba en cautela y prevención todo lo que era común en las mujeres célibes. Así, desconfiaba como ninguna de lo que llamaba «el sexo opuesto», una desconfianza, por cierto, que había ido creciendo en ella de manera más firme a medida que transcurrían sus años célibes y se desvanecían sus últimas esperanzas de casamiento... No es que hubiera sufrido engaños y desencantos, pues la naturaleza había querido dotarla de unas facciones y de una apariencia toda que alejaban de sí el peligro de que un hombre se prendara de ella, mas ha de tenerse en cuenta que son precisamente las mujeres que menos tienen que temer la pasión de los hombres las que con mayor rigor ejercen la vigilancia de las que por su hermosura los atraen.

Su tierna sobrina era huérfana de un oficial caído en combate. Había sido educada en un convento, y pasó del cuidado de las monjas a la custodia de su tía, bajo cuyo sombrío amparo lucía en la oscuridad, a pesar de todo, como el capullo de una rosa que florece a despecho de las zarzas que lo rodean. Y no se crea que esta comparación es caprichosa; no obstante el encierro al que era sometida, tan hermosa muchacha era conocida ya por muchos granadinos, pródigos siempre en su andaluza expresión poética, como «La Rosa de la Alhambra».

Su avinagrada tía, que no cesaba un instante de acosarla con su vigilancia, no hacía sino vanagloriarse del celo guardián con que atosigaba a su sobrina. Es verdad que la molestaban a menudo el rasgueo de las guitarras y las canciones de amorosa ronda que dedicaban a la damisela los campesinos del lugar al pie de la torre, de noche... Pero se daba por satisfecha con exhortar a su sobrina para que no prestara atención a semejante bulla, diciéndole que era tal, por cierto, una de las malas artes de las que de común se valía «el sexo opuesto» para seducir a las incautas damiselas y ganárselas, obligándolas a hacer dejación de su pudor... ¿Pero qué importaban esas palabras ante una serenata bajo la luna?

Al fin decidió el rey Felipe dirigirse a Granada, abandonando de repente la Alhambra con todo su séquito... Presenció la vigilante Fredegunda la partida real desde la Puerta de la Justicia, viéndola dirigirse por la alameda que conduce a la ciudad. Cuando desapareció de la vista el último de los estandartes regios, volvió a la torre contenta, felicísima... Ya no tenía por qué extremar como hasta entonces la vigilancia sobre su sobrina... Empero, gran sorpresa se llevó cuando vio un hermoso caballo árabe en el portillo de jardín, y más grande aún fue su impresión al contemplar horrorizada que entre los rosales, sentado en el suelo y a los pies de la doncella, un jovenzuelo vestido de encajes y plumas le hacía zalemas... Al percatarse de su presencia, empero, el joven se levantó raudo, se despidió tiernamente de la damisela, y saltando con suma ligereza las cañas y los mirtos se subió al caballo y se perdió a galope.

La dulce Jacinta, en la agonía del dolor que la embargaba por la marcha del paje, se desentendió del disgusto que aquello hubiera podido causarle a su tía, y al contrario, se

Librodot

arrojó a sus brazos llorando de pena por la separación.

-¡Ay de mí! -gritaba sin consuelo-. ¡Se ha ido, se ha ido y nunca volveré a verle!

Comment [Librodot5]:
En el original.

-¿Que se ha ido? ¿Quién se ha ido? ¿Quién era ese jovenzuelo que estaba sentado a tus pies?

Un paje de la reina, tía, que vino a despedirse de mí...

¿Un paje de la reina? ¿Y cuándo le conociste, niña? -inquirió la vigilante Fredegunda.

La mañana en que el gerifalte voló hasta la torre... Era el halcón favorito de la reina y el paje venía persiguiéndolo...

¡Ah, tonta, tonta, tonta...! Has de saber que no hay gerifalte siquiera la mitad de peligroso que esos pajes engreídos; has de saber que sois vosotras, las más jóvenes y puras, los inocentes pajarillos como tú, las presas que más apetecen en sus cacerías...

Mucho más se indignaba la tía de la joven al comprobar que, aun siendo tan exagerada su vigilancia, casi ante sus propios ojos había establecido tan fatal confianza con el paje... Sin embargo, cuando se cercioró de que la castidad de la doncella seguía intacta, de que, en fin, su recato no había sufrido menoscabo a despecho de las malas artes de un representante del «sexo opuesto», quedó más tranquila, respiró en paz y *se* dijo que aquel triunfo de la virginidad no era debido sino a las advertencias que había dado con tanto juicio a la doncella. Y así, mientras la tía se henchía de tan íntimo orgullo, la sobrina no hacía sino pensar en los repetidos juramentos de amor que le había hecho el paje... Mas, ¿qué es el amor de un hombre inquieto y errante? Una corriente deliciosa que gusta retozar con las flores de la ribera, y que las acaricia, y que pasa al fin dejándolas bañadas en lágrimas.

Pasaron los días, las semanas, los meses... Y nada supo del paje la tierna Jacinta. Maduró el granado, rindió su fruto la vid, bajó en torrenteras la lluvia otoñal desde las montañas, se cubrió con su blanco manto Sierra Nevada, azotaron los aposentos de la Alhambra vendavales de invierno que al cabo cedieron en su furia... Y brotó espléndida la primavera con sus flores y sus brisas embalsamadas, resucitando la vida. Desapareció la nieve de las montañas, y en la tórrida atmósfera del estío sólo quedaba en las cumbres, como rastro de los días que pasaron, una inmaculada pátina de nieve... Pero seguía la dulce muchacha sin saber nada del ingrato paje.

Mientras se sucedían las estaciones fue palideciendo la joven Jacinta, ensimismada en sus pensamientos lúgubres, llorando a escondidas sus ojos, que al cabo perdieron la luz que siempre tenían. Se desentendió de diversiones y labores, dejando enmarañada la seda y muda su guitarra; abandonó la contemplación de las flores, cerró sus oídos al canto del ruiseñor... Si quisiéramos imaginar un paraje que alimentase la pasión de una mujer enamorada, ninguno más propicio que la Alhambra, donde todo parece dispuesto a favorecer las ensoñaciones románticas, los suspiros melancólicos... Siendo la Alhambra el más delicioso paraíso para los amantes, ¡qué duro es hallarse en él en soledad, y peor que en soledad, en el olvido!

-¡Ah, mi tonta e infeliz chiquilla! -decía Fredegunda, la vieja virgen, cuando veía a Jacinta sumida en su tristeza-. ¿Es que no te previne contra los engaños de los hombres? Además, ¿qué podías esperar tú, una pobre huérfana, la descendiente de una familia venida a menos, de un joven nacido en alta cuna, servidor de palacio y con la cabeza llena de engreimiento? Niña, aun en *el* caso de que fuera cierto el amor que te juró, su padre, que es uno de los nobles más altivos de la corte, le prohibiría casarse con alguien tan humilde como tú, que no podrías aportar al casamiento dote alguna... No sufras más, olvídale y deja

que tus penas se las lleve el viento...

Las palabras de la inmaculada Fredegunda, empero, no hacían sino sumir en una melancolía más dolorosa a la doncella... Una noche de verano, a hora avanzada, después de que su tía se hubo retirado a descansar, salió al pórtico de la torre y se sentó junto a la fuente, en el mismo lugar donde el paje le besó por primera vez la mano y donde luego le juraría una y mil veces amor eterno. Aquellos recuerdos, ahora tristes, dominaban el ánimo de Jacinta y empezaron sus ojos a derramar lágrimas que caían lentamente, una a una, en el tazón de la fuente. Se agitó el agua cristalina con sus lágrimas, e hirvió en burbujas incontables; surgió entonces del agua una figura femenina, vestida con lujo morisco.

Jacinta, aterrada por la aparición, echó a correr sin atreverse a volver la cara para contemplar aquel prodigio. Contó a su tía lo ocurrido a la mañana siguiente, pero la vieja virgen tomó su relato por el producto de sus fantasías, o por un sueño que se hubiera apoderado de la muchacha al quedarse dormida junto a la fuente.

Seguro que te pusiste a pensar -dijo la tía- en la leyenda de las tres princesas moras que vivieron en la torre, por eso soñaste con ellas.

¿De qué leyenda me hablas, tía? Jamás la he oído...

-Sí, seguro que has oído hablar alguna vez de las tres princesas, Zaida, Zoraida y Zorahaida, que fueron enterradas aquí por su padre, y decidieron fugarse con tres caballeros cristianos, pero Zorahaida se arrepintió en el último instante y murió en su encierro...

-Sí, creo que de muy niña oí algo de eso -dijo Jacinta-, y me parece que hasta lloré la desgracia de Zorahaida...

-Hiciste bien en llorarla, niña, porque el enamorado de Zorahaida fue uno de tus antecesores... Mucho tiempo sufrió de amores por la princesa mora, pero acabó curándose al cabo de su sentimiento y casó con una dama española... De aquel matrimonio desciendes tú...

Jacinta se puso a pensar en aquellas palabras. «Lo que vi anoche no fue una fantasía; si es el espíritu de Zorahaida, que según dicen vaga y pena en esta torre, ¿por qué ha de darme miedo? Volveré a la hontana... Ojalá se repita la aparición», se dijo.

Y así lo hizo. Cuando todo era calma y silencio volvió a sentarse la dulce Jacinta en el patio. Al dar la lejana torre de la Alhambra las doce de la noche, se agitó otra vez el agua de la fuente y de,su hervor brotó la figura femenina de la noche anterior. Era una mujer joven y de una belleza dulcísima; vestía ricamente y lucía joyas muy puras; en sus manos sostenía un laúd de plata... Tembló Jacinta a punto de desvanecerse, pero se dejó sentir entonces la voz apacible y cariñosa de la aparición, que tenía un gesto de infinita bondad.

-Tú, hija de mortales -dijo entonces a la doncella-, ¿qué pesares tienes? ¿Por qué turbaron tus lágrimas ayer mi fuente y oigo tus suspiros y tus lamentos en la noche?

Lloro por las falsas promesas de amor de un hombre y porque me siento sola y abandonada.

Consuélate, que pueden curarse tus penas. Soy una princesa mora que también padeció de mal de amores; un caballero cristiano, un antecesor tuyo, me ganó el corazón y quiso llevarme a su tierra y convertirme a su fe; decidida estaba a seguirle, pero me faltó valor para hacerlo y lo dejé marchar solo... En castigo, los espíritus maléficos me hicieron un conjuro y ahora estoy bajo su encantamiento, penando en esta torre... Seguiré así hasta que venga un alma cristiana que se apiade de mí y deshaga el hechizo... ¿Serías capaz de hacerlo tú?

Lo haré -dijo estremeciéndose, mas decidida, la doncella.

Sígueme entonces, no temas... Ven, moja tus manos en la hontana, rocíame con el agua y bautízame en tu fe... Así desaparecerá el encantamiento y podrá reposar al fin en paz mi doliente espíritu.

Avanzó la damisela con paso inseguro hasta la princesa árabe y metió las manos en la fuente, tomando en ellas un poco de agua para bautizar al fantasma.

Sonrió entonces la aparición con mucha bondad, dejó el laúd a los pies de su benefactora, y abrazándola, desapareció al punto para volverse a la fuente... Pareció entonces que en el agua del tazón caía una lluvia cristalina, como gotas de rocío.

Jacinta, asustada y feliz a un tiempo, se marchó de allí deprisa. La conmoción que sentía le impedía cerrar los ojos, y cuando al fin amaneció, cansada por no haber descansado, creyó haber tenido un sueño desasosegado... Mas al bajar al patio vio el laúd de plata, brillando al sol de la mañana, a un lado de la hontanada, y tuvo por seguro que su visión no había sido un engaño de los sentidos.

Corrió entonces hasta la habitación de la severa tía, relatándole cuanto había pasado; para que se convenciese la vieja virgen de la verdad de su relato, le pidió que bajara a la fuente y así mostrarle el laúd... Si la vieja albergaba alguna duda, se desvaneció cuando Jacinta tocó el laúd de plata, pues la doncella logró tañer las cuerdas tan armónicamente que hasta el duro corazón de Fredegunda, que parecía siempre frío como los inviernos, se arrebató de éxtasis. Sólo una música sobrenatural podía obrar un prodigio semejante en la vieja virgen.

Fueron mayores aún las virtudes que demostró el laúd de plata con el paso de los días. Los caminantes hacían un alto para escuchar aquella deliciosa música y cesaban en sus trinos los paj arillos, como hechizados. Pronto se extendió el rumor del prodigio, y acudían a los alrededores de la Torre de las Infantas gentes que llegaban de toda Granada.

Pronto, así, acabó la soledad de la doncella. Los más ricos y poderosos se disputaban el honor de agasajarla y de invitarla a sus salones, para que deleitase a su exquisita sociedad con tan encantadora música... Eso, naturalmente, hacía que la desconfiada Fredegunda redoblara su vigilancia sobre la doncella, y que mostrase un carácter cada vez más agrio llegado el momento de espantar a alguno de los caballeros que se acercaban hasta su sobrina para deleitarse con su música, enamorados tanto de la belleza de Jacinta como del hechizo de su laúd. La fama de Jacinta corrió pronto de ciudad en ciudad. Málaga, Sevilla, Córdoba... En toda Andalucía, al cabo, no se hablaba con deleite de otra cosa que no fuera el laúd de la bella damisela, y de su hermosura impar. Nada más natural, siendo como lo es, el andaluz, un pueblo de gentes que gustan de la música y de la galantería. Las armónicas notas que extraía la bella de su laúd no podían sino llamar al amor.

Mientras Andalucía gozaba así, en la corte española de Felipe V las cosas eran muy distintas. El rey, que como bien se sabe era un miserable hipocondríaco, se desataba en toda clase de antojos y de caprichos. A veces se pasaba semanas enteras sin levantarse de la cama, doliéndose de sus imaginarios males. Otras veces, como insistía en abdicar, no hacía sino provocar la pena y el disgusto a su esposa Isabel, que gustaba de los esplendores de la corte y de las glorias de la corona, una corona que, en realidad, le pertenecía con más derecho que al rey, porque Isabel de Parma era quien empuñaba el cetro con valentía, pues se le caía de las manos blandas e inexpertas a tan imbécil soberano.

Nada se tuvo por mejor remedio que la música, para curar la melancolía de Felipe V,

así que procuró la reina que llevaran a palacio a los más grandes artistas de aquel tiempo, y uno de los que acudieron a distraer al rey, ofreciendo su arte extraordinario como lenitivo para los males del monarca, fue el gran cantante italiano Farinelli.

Mas en el instante al que nos referimos se produjo en el ilustre Borbón una extravagancia que hizo olvidar todas sus manías anteriores... Al cabo de un largo periodo de enfermedad imaginaria, que hizo inútiles todos los tonos e inflexiones de que era capaz la deliciosa voz de Farinelli, y todo el virtuosismo de los violinistas de la corte, Felipe V dio en creer que había muerto.

No se le pudo convencer de lo contrario y hubo de aceptarse su manía. Eso no habría alterado la vida de la corte, empero, y hasta hubiera podido resultar beneficioso para la reina, si el rey se hubiera estado quieto, como un muerto de verdad... Pero ordenó que se celebrasen sus exequias, y se impacientó y acusó a todos de desobediencia por no darle cristiana sepultura... ¿Qué podían hacer en la corte? Desobedecer las órdenes del rey resultaba una infamia, a los ojos de los más serviles palaciegos de aquella corte así de puntillosa... Pero obedecerle y enterrarlo vivo sería un regicidio...

En tan espantoso dilema se debatía la corte, cuando llegaron hasta allí noticias del rapto indescriptible que en toda Andalucía provocaba el laúd de la encantadora Jacinta. Envió embajadas la reina para que la llevaran a San Ildefonso, donde por aquel tiempo radicaba la corte.

Unos días más tarde, mientras Isabel trataba de recrearse en compañía de sus damas, por los jardines, paseos y fuentes de la Granja, que pretendían eclipsar las glorias de Versalles, Jacinta fue llevada a su presencia... Miró sorprendida la reina el prodigio musical que tenía ante sí; sencilla, vestía la joven el común atavío de las andaluzas y llevaba en sus manos el laúd de plata; en sus mejillas, lucía la damisela el encantador rubor que justificaba el nombre poético con que la llamaban, La Rosa de la Alhambra. Fredegunda, para no romper la costumbre, había forzado que se le permitiera viajar también; tan pronto estuvo en presencia de la reina, informó a ésta de la ascendencia de su sobrina. Si a la mayestática Isabel había impresionado ya la dulce apariencia de Jacinta, le complació aún más saberla descendiente de un linaje de hidalgos, no obstante empobrecidos, y que el padre de la doncella había muerto sirviendo a la corona.

-Si tu talento responde a la fama que tienes -le dijo la reina-, y logras deshacer el hechizo del maléfico espíritu que se ha apoderado de tu rey, de mí dependerá en adelante tu fortuna y te colmaré de honores y de riquezas...

Impaciente, llevó la reina a Jacinta a la cámara del taciturno monarca.

Jacinta, sin atreverse a levantar la mirada, impresionada por las filas de guardias y cortesanos que les abrían paso, siguió a la reina. Al fin llegaron a unos aposentos muy sobrios pero impresionantes en su luto. Tenía el rey cerradas las ventanas para que ni un rayo de sol le llegara; en candelabros de plata, ocho cirios daban luz a la cámara y revelaban la presencia de palaciegos vestidos de luto que mostraban rostros compungidos. En el centro de un catafalco estaba el rey Felipe V, con las manos entrelazadas sobre el pecho y cubierto su rostro por un paño negro que sólo dejaba al aire la punta de su nariz, como si estuviera a punto de recibir sepultura.

Atravesó la cámara la reina en absoluto silencio para llevar hasta un rincón oscuro a Jacinta. Hizo que tomara asiento y le ordenó que empezara su música.

Impresionada la doncella, temblorosas sus manos al principio, hizo sonar las primeras notas y cobró la necesaria confianza; sonó su laúd tan celestialmente que ninguno de los

presentes podía creer que aquella música tan deliciosa sonara en un lugar tan tétrico. El rey, que ya se creía en el mundo de los espíritus, creyó que oía la música de los ángeles que celebraban gozosos su ascensión a los cielos. Variaba Jacinta de continuo la intensidad de sus notas, para acompañar la música con su voz, y así cantaba ahora una trova legendaria en la que se narraban los esplendores de la Alhambra y las hazañas de los moros... Puso en el empeño toda su alma, porque los recuerdos de la Alhambra eran los de su amor. La cámara fúnebre resonó con acordes muy vivos que acabaron cautivando el corazón del monarca, y Felipe V se irguió, quedó sentado en su féretro y miró en torno suyo... Entonces recobraron el brillo sus ojos, saltó al suelo y pidió su espada y su broquel.

El triunfo de la música fue pleno, aunque habría que hablar, mejor, del triunfo del laúd encantado, pues quedó libre de los demonios de la melancolía el ánimo del rey... Abrieron las ventanas de la cámara, que se bañó de inmediato en la luz gloriosa del sol español, y pudieron así fijarse todas las miradas en aquella prodigiosa muchacha que con su música había obrado *el* milagro de la resurrección del monarca... A Jacinta, empero, se le nublaron los ojos con aquella claridad, se le desvanecieron las fuerzas, dejó caer el laúd y se desmayó en los brazos del paje Ruy de Alarcón, favorito de la reina, que corrió presto para recogerla y apretarla contra su pecho.

Pocos días después se celebraron con gran pompa los esponsales de los enamorados. La Rosa de la Alhambra, en adelante, sería el mejor ornato y deleite de la corte.

«Bueno, pero no vayas tan rápido», oigo que me dice el lector; «llegas al final de tu historia sin decirnos nada de la manera en que el paje se excusó ante Jacinta...» Bien, fue muy sencillo; la excusa de todos los tiempos y de miles de enamorados: un padre orgulloso, valedor de las antiguas tradiciones familiares, de carácter inflexible... ¡Qué importa! El verdadero amor entre los jóvenes entierra los sinsabores y los disgustos sin necesidad de dar explicaciones.

«De acuerdo, ¿pero cómo vencieron la altivez del padre?», seguirá preguntando *el* lector... Muy fácilmente, también... Unas palabras de la reina y las dignidades y honores que llovieron sobre Jacinta, favorita de los reyes y de la corte; además, el laúd de Jacinta tenía la virtud de doblegar el corazón más duro y el ánimo más turbio.

«¿Y qué pasó con el laúd encantado?», seguirá preguntando el lector. Bien, pues esto sí que es interesante; prueba, además, la veracidad de esta historia... El laúd permaneció en la familia, hasta que un día desapareció... Se cree que se lo llevó el gran cantante Farinelli, celoso de la victoria de Jacinta pues oscureció su fama... A la muerte de Farinelli, en Italia fue pasando de mano en mano, las cuales, ignorantes de sus mágicos poderes, fundieron la plata y le cambiaron las cuerdas por las de un viejo violín de Cremona... Esas cuerdas conservan aún algo de su encantamiento... Al oído te diré una cosa, lector, pero no la cuentes por ahí... El viejo violín de Cremona embelesa y embruja en nuestros días al mundo entero... ¡Es el violín de Paganini!

Comment [Librodot6]:

Irving, evidentemente, rinde homenaje en este cuento a su admirado E.T.A. Hoffmann basándose en *El violín de Cremona*, de 1812, narración en la que Hoffmann, músico él mismo, trata fantásticamente de los límites de la expresión del alma humana y de las posibilidades mecánicas de ampliarla (una variación más sobre su tesis a propósito de los autómatas). Hoffmann, a buen seguro, conocía ya por aquel tiempo a Paganini, cuya técnica en la interpretación era origen de leyendas tales como que había pactado con el Diablo a cambio, naturalmente, de la venta de su alma, pero cabe hacer una precisión, al margen de la ilusión literaria y por lo tanto de la creencia común: el famoso violín de Paganini era de Cremona, sí, pero de Guarnerius, o Guarneri (1683-1745), llamado *Guarnerius del Gesú*, por su gran devoción cristiana que le llevaba a grabar el anagrama JHS en sus violines. No era el violín de Paganini, pues, en contra de lo que tantas veces se ha dicho, un Stradivarius de Antonio Stradivari (1644-1736, de la familia Stradivari, los otros grandes *luthiers* de Cremona, con los Amati y los Guarneri, a través de varias generaciones). El violín de Paganini se puede contemplar hoy en el Museo de Génova.